

AMELIA DUWAILLY (1)

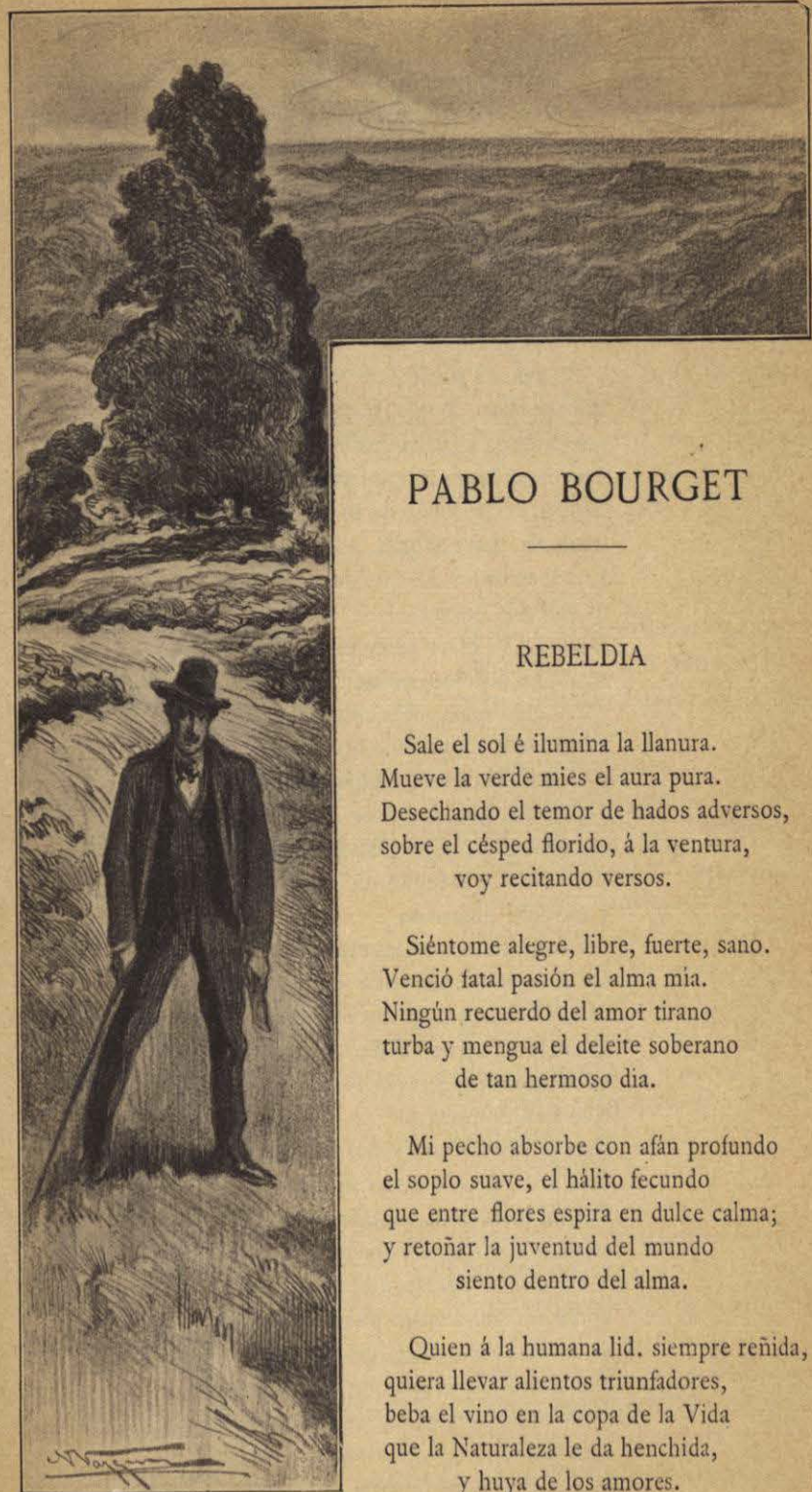
EL BUEN HUMOR INFANTIL

Lloviznaba. Marchábamos de prisa.
Estaba el cielo lóbrego; sañudo
soplaba el glacial viento.
Llenaba el robledal niebla indecisa;
conmovía el ramaje, ya desnudo,
vago estremecimiento.

Afrontando gozoso la tormenta,
bajando el rostro, apresurando el paso,
Bebé feliz cantaba;
un pájaro, con voz clara y atenta,
como si allí estuviera para el caso,
cortés le contestaba.

Resbalando y hundiéndose en el lodo,
hacia mí, con sonrisa deliciosa,
volvió la cabecita.
Aunque el invierno cruel lo arrase todo,
Bebé en el corazón guarda una rosa
que nunca se marchita.

(1) Seudónimo de madame Gustavo Mesureur.



PABLO BOURGET

REBELDIA

Sale el sol é ilumina la llanura.
Mueve la verde mies el aura pura.
Desechando el temor de hados adversos,
sobre el césped florido, á la ventura,
voy recitando versos.

Siéntome alegre, libre, fuerte, sano.
Venció fatal pasión el alma mia.
Ningún recuerdo del amor tirano
turba y mengua el deleite soberano
de tan hermoso dia.

Mi pecho absorbe con afán profundo
el soplo suave, el hálito fecundo
que entre flores espira en dulce calma;
y retoñar la juventud del mundo
siento dentro del alma.

Quien á la humana lid, siempre reñida,
quiera llevar alientos triunfadores,
beba el vino en la copa de la Vida
que la Naturaleza le da henchida,
y huya de los amores.

Rompa los hierros, siervo sublevado,
y sin temor, ni duda, ni recelo,
por el inculto erial ó el fresco prado
corra á sus anchas, á la luz del cielo,
cual potro no domado.

TARDE DE VERANO

El cielo de poniente
brillaba claro, limpio, transparente;
resplandecía trémula una estrella.
Tus ojos, llenos de risueña calma,
dejaban ver el fondo de tu alma
tranquila, dulce y bella.
Cruzábamos los dos con paso incierto
tu reducido huerto:
al apoyar tu brazo sobre el mío,
sentía un delicioso escalofrío;
y que estábamos solos en el mundo
yo pensaba, en mi loco desvarío,
y tú también, en tu éxtasis profundo.

Bajo un árbol frondoso
nos sentamos. ¡Qué plácido reposo!
Ciñó tu talle, trémulo, mi brazo
y estreché silencioso
por largo tiempo el adorable lazo,
sin atender al bulle-bulle inquieto
de la ciudad enorme y vocinglera,
sonando en torno del florido seto
que embalsamó feraz la Primavera.
Había en tu mirada
algo de pena oculta y mal velada;
yo sufría también tristes antojos.
Por mi melancolía contagiada,
cerraste al fin los soñolientos ojos.

Olvidarme podrás; á otras amantes
podré adorar, y ráfaga ilusoria
serán nuestros amores inconstantes;
mas guardaremos siempre en la memoria
estas tardes, que han sido nuestra gloria.
Más que los largos, incendiarios besos,
más que las locas noches, agobiadas

de amorosos excesos,
más que las frases mil embriagadoras
á tu oído lanzadas,
el goce puro y apacible y blando
de estas tranquilas horas
será lo que recuerdes suspirando.
Y yo te miraré siempre presente,
á mi lado, apoyada suavemente
en mis hombros la lánguida cabeza,
como en el dulce y ya lejano día,
cuando absorto en tu amor y en tu belleza,
cual si fueses mi hermana te quería.

LA CAPILLA

Está la iglesuela rústica
casi embutida en la roca;
una veleta dorada
el campanario corona,
y el pórtico de madera
viejas esculturas ornan,
Santos, Angeles y Virgenes,
de faz austera ó gloriosa,
que hace cuatrocientos años
devoción ingenua logran.

Los domingos, acudían
labriegos en larga tropa,
vestidos de paño pardo,
según sus antiguas modas,
y las polainas de cuero
que la carretera empolva,
blancas de la caminata,
que solía no ser corta.
Terminada al breve rato
la sagrada ceremonia,
salían uno tras otro
en actitud respetuosa,
dando vueltas al sombrero
de fieltro en sus manos toscas.
Detrás venía, luciendo
tocado de blancas blondas
y acompañando á los niños

el aya, grave y oronda,
con el rosario en la mano
y en los labios la salmodia.
Las campanas enviaban
al cielo festivas notas.

Era, para mi, costumbre
exquisita y deliciosa,
esperaros á la puerta
de la capillita lóbrega,
donde acaso á vuestro rezo
no era ajena mi memoria.
Tardabais. ¡Con cuánto anhelo
y con qué emoción tan honda
vuestro semblante miraba
destacarse entre las sombras
lentamente! La fe pura,
cual destello de la gloria,
daba á vuestros dulces ojos
llama casta y misteriosa.
Para mi nunca tenían
queja, reproche ni cólera,
y quizás me perdonabais,
como las Santas perdonan,
al notar que mis rodillas
ante ningún Dios se doblan.

Aquellos domingos, cuando
brillaba en la etérea bóveda

el sol sin nubes, cruzábamos
la pobre aldea, y á solas
por ásperos vericuetos
bajábamos á la costa.
Las brisas del mar rizaban
vuestra cabellera blonda,
lanzándonos el aliento
acre y sano de las olas,
y al arrecife llegábamos
que turbulentas azotan.

Jamás las playas aquellas
en mis recuerdos se borran.
Viendo estoy el claro cielo,
la mar limpia y luminosa,
las naves, que allá á lo lejos
pasan, tendida la lona,
y las marítimas aves
que el aire rápidas cortan
agitando blandamente
las alas palpitadoras.
Oigo, de los pescadores

la canción, y la sonora
voz del mar, que el himno eterno
al cielo puro remonta.

Y os miro, alegre, risueña
(aunque el semblante os colora
la nieve de la azucena
más que el carmin de las rosas),
sobre el azul de mis sueños
caminar como una diosa;
y os escucho enternecido,
y en tal grado me impresiona
cualquiera insignificante
palabra de vuestra boca,
que ante vos feliz hincara
las rodillas temblorosas,
como ante el ara divina
el sacerdote se postra,
y estaría á vuestras plantas
embelesado horas y horas,
en la espléndida hermosura
de la vida el alma absorta.



RAÚL GINESTE

FRAGMENTO DE UN POEMA DE AMOR

Volvimos juntos del Bosque
un día de primavera.
Había sido la tarde
hermosa, tranquila, espléndida,
una de esas deliciosas
tardes, tibias y serenas,
que inspiran al fiel amante
halagadora tristeza,
si en las pupilas amadas
largo rato se contempla.

Melancólica sentóse
en un sillón. ¡Oh, cuán bella,
sobre el fondo verde oscuro
del terciopelo, á la incierta
luz de lámpara dormida,
que cristal opaco vela,
resplandecía amorosa
su frente pálida y tersa!
Iba de negro vestida,
porque el negro bien le sienta;
por agradarme, llevaba
corpiño y falda de seda,
la falda cuyo crujido
me trastorna y desconcierta
cuando anuncia su llegada
y mi ventura con ella.

Descubríanme sus brazos
esbeltos las mangas sueltas;
sus manos largas y finas,
pintadas de azules venas,
exhalaban suave aroma,
como si jazmines fueran.
De pronto, brilló la luna

á través de las vidrieras.

Tomé su mano en las mías
y en ellas la tuve presa;
á sus pies, en sus rodillas,
buscó apoyo mi cabeza.
¡Dulzuras acostumbradas
y repetidas ternezas!
¡Cuántas veces de ese modo
pasé las noches enteras!

Sus pies, de rubia nerviosa,
parisiense pura y neta,
inquietos, como los pájaros
más ariscos de la selva,
salian y se ocultaban
entre encajes de Bruselas,
bajo los huecos volantes
raudal sin fin de olas negras.
Sus pupilas soñadoras
más hermosas cuando sueñan,
allá, á lo lejos, buscaban
no sé qué extraña quimera;
y al mirarla así abstraída
en fantásticas ideas,
quise, á la amorosa dicha,
con un ósculo traerla.

Sus ojos, que sus pestañas,
como casto velo, templan,
esquivaron los relámpagos
de mis pupilas sedientas.
De la negativa insólita
comprendí las causas: era
que miraron nuestros ojos
demasiado las estrellas.